

# Historia<sup>1</sup>

Pierre Vilar<sup>2</sup>

## Los diversos contenidos del término “historia”

Quizás el peligro más grave, en la utilización del término “historia”, sea el de su doble contenido: “*historia*” designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento.

Cuando decimos “historia de Francia”, la entendemos como el conjunto de hechos pasados referentes al grupo humano organizado que lleva actualmente este nombre; pero también entendemos por tal nuestros manuales escolares corrientes. Dado que el pasado es pasado, es decir, no renovable por definición, se confunde para nosotros con lo que nos ha sido transmitido. El conocimiento se confunde, así, con la materia.

Así, cuando alguien escribe, como en la fábula: “*La historia nos enseña...*”, se expresa como si el pasado hablara por sí mismo. De hecho, invoca una *tradicición*.

1. Tomado de la obra *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Editorial Grijalbo, 1988, pp. 17-47 y reproducido en Luis M. de las Traviesas Moreno y Gladys Alonso González (Editores), *La Historia y el oficio de historiador. Colectivo de autores franceses y cubanos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1996, pp. 1-21.
2. Historiador y profesor francés de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad La Sorbona, París I, autor de la teoría de la “historia total”.



Sin embargo, la historia así entendida es una construcción de los que la han escrito en un grado mucho mayor a aquel en que la física es una construcción de los físicos, puesto que toda afirmación de éstos puede experimentarse, mientras que en historia, en el mejor de los casos –cuando existe “documentación”–, se puede verificar *un hecho, no una interpretación*. “La historia no se repite”. El físico puede decir, en presente condicional: “si hiciera esto, sucedería aquello”, y puede verificar de inmediato la validez de su hipótesis. Por el contrario, si el historiador dice (en pasado condicional): “si se hubiera hecho esto, hubiera sucedido aquello”, nada le permite probarlo. Como norma general se le aconseja abstenerse de ello.

Pero, entonces, ¿no está condenado a *constatar*? ¿Tiene, pues, prohibido *razonar*? Esta cuestión le preocupa legítimamente, puesto que *constatar* no es un oficio enaltecedor, mientras que sí lo es el de *entender, explicar*, con el fin de poder *actuar*. El problema se plantea, pues, en estos términos: ¿de qué manera razonar sobre una materia en la que no se puede intervenir *experimentalmente*? Falta por saber a qué llamamos “intervenir”, a qué llamamos “experiencia”, y cuál es esta materia.

Para abordar este problema, reflexionemos sobre otra fórmula similar: “la historia juzgará...”, se oye a menudo.

Dejemos aparte el caso en el que se trata tan sólo del aldabonazo final de un cartel electoral. Por otra parte, incluso así, el prestigio equívoco del término “historia” incita a algunas reflexiones. Pero enfrentémonos con un documento importante de nuestro tiempo: Fidel Castro tituló la defensa que él mismo pronunció ante el tribunal encargado de juzgarle por el intento de asalto al cuartel Moncada: “*La historia me absolverá*”. A primera vista, este título parece adoptar el sentido clásico; es decir, banal, de la fórmula que da a la historia el papel de



tribunal de apelación en asuntos políticos. Pero, pensándolo bien, incluso este sentido puede implicar otros contenidos.

En efecto, “*La historia me absolverá*” puede significar en primer término: el tribunal va a condenarme, pero el recuerdo colectivo que se conservará del hecho acabará siéndome favorable. Y esta noción de “*recuerdo colectivo*” es otro aspecto del término “historia”. Sin embargo, cae dentro de la misma crítica que hemos dirigido a la historia-tradición. El juicio *moral* del recuerdo colectivo corre el riesgo de no ser en la realidad más que el de la *historiografía dominante*. Ahora bien, todo juicio moral tiene a su vez implicaciones *políticas*, que surgen a su vez de las luchas concretas, en especial de las *luchas de clases*. Por ello, la mayor parte de las acciones y de los hombres que han originado dos corrientes históricas opuestas, adversa una y favorable la otra. Y no debe excluirse que una causa triunfante llegue a eliminar toda la historiografía adversa. Así es como la tradición democrática burguesa, en Francia, ha exaltado 1789 y condenado a Robespierre, casi sin contradicción hasta Mathiez. Si Fidel Castro, poco tiempo después del fracaso de Moncada, no hubiera hecho triunfar la Revolución Cubana, su condena hubiera sido probablemente revisada, pero ¿cuándo? ¿Y por parte de quién? Sobre esto no caben sino hipótesis.

Sólo tenemos una *certidumbre*: la Revolución Cubana *se ha producido*. La revisión del juicio no ha dependido, pues, únicamente, de los hombres que *escriben* la historia. Ha dependido también de los que *la hacen*. Han sido “las cosas”, como suele decirse, las que han “actuado” a favor de la *previsión* contenida en la fórmula. Lo que nos lleva a descubrir, en “*La historia me absolverá*”, una nueva aceptación más de la voz “historia”. De hecho, el alegato que lleva este nombre consistía menos es demostrar que la rebelión de los acusados era *moralmente* “justa” (aunque esto sea también importante),





que en demostrar que era “justa” *políticamente*, a saber, en el sentido *intelectual* de la palabra.

Frente a un sistema sociopolítico absurdo, la rebelión se presentaba como “necesaria”, y por tanto como necesariamente *victoriosa* a más o menos largo plazo. Con ello el problema se plantea en los términos de la posibilidad de una *previsión inteligente de los hechos a partir de un análisis correcto de sus factores*. La “historia” invocada no es ya entonces la historiografía escrita que “juzga” moralmente un acto o un hombre, sino la *historia-materia*, la *historia-objeto* que, con su dinámica propia, “zanja” un debate a la vez teórico y práctico, dando la razón, con los hechos, a quien ha sido capaz de mejor análisis.

Me objetaréis que la historia así entendida es el mecanismo de los hechos sociales, *no sólo pasados, sino presentes y futuros*, lo que en materia de conocimientos constituye el tema de la *sociología*, y en materia de acción, el tema de la *política*. Pero ¿qué otra cosa se propone la historia que no sea, en el mejor de los casos, edificar una sociología del pasado, y de forma frecuente –durante mucho tiempo la más frecuente– *reconstruir una política*? En ambos casos está claro que la materia de la historia es la misma que la que tratan los sociólogos, y que la que manejan los políticos, por desgracia casi siempre de manera empírica.

Hay entonces dos posiciones posibles: una consiste en encerrar al historiador precisamente en este terreno de lo empírico y lo incierto que por experiencia se atribuye a las *decisiones* y a los *acontecimientos* políticos. La otra consiste en empujarle, al contrario, hacia un análisis sociológico con la penetración suficiente para eliminar *la apariencia de incertidumbre de la mayor parte posible de hechos sociales*.





La primera posición ha sido durante largo tiempo la de los historiadores positivistas, preocupados exclusivamente en *hacer un relato exacto de los acontecimientos* (políticos, militares y diplomáticos principalmente).

Para algunos teóricos –o sedicentes teóricos– la historia es todavía esto. Pienso en Raymond Aron, publicista internacional, sociólogo vulgar, en el sentido en que Marx hablaba, en el siglo pasado, de “economistas vulgares”, es decir, más preocupados por la propaganda ideológica que por la ciencia, pero cuya carrera se inauguró en 1938 con una *Introducción a la filosofía de la historia*, todavía hoy recomendada a veces como una obra fundamental. De hecho, no se trata de una obra demasiado original, puesto que resume las posiciones de la sociología alemana del medio siglo anterior, y da con ello una definición de la historia corriente *hacia 1880*. Citaré, sin embargo, sus axiomas principales –brillantes, por otra parte–, puesto que constituyen una excelente síntesis de toda una corriente de pensamiento.

“Para hacer revivir el pasado lo que necesitamos no es una ciencia, sino documentos y nuestra experiencia”.

“La función de la historia es restituir al pasado humano los caracteres de la realidad política vivida actualmente; para esta tarea positiva bastan juicios probables y relativos. El sentido de la investigación causal del historiador consiste menos en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico que en devolver al pasado la incertidumbre del futuro”.

“La ciencia histórica, resurrección de la política, se hace contemporánea de sus héroes”.

“El historiador es un experto, no un físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en la cerilla del fumador”.



Desde esta perspectiva, aunque se utilice el término “ciencia histórica” es evidente que se trata de una “ciencia” muy extraña, puesto que su función sería “restituir una incertidumbre”.

Más bien nos sugiere una disciplina literaria que, gracias a la habilidad en descubrir documentos y al talento para trasponer experiencias humanas, “reanimaría el pasado”, “resucitaría la política”, a la vez que se abstendría de dibujar los grandes rasgos y de medir las fuerzas profundas, ciñéndose el historiador, por su oficio, a las “causas inmediatas”, a saber, al atentado de Sarajevo como “causa” de la guerra de 1914, o a la masacre del bulevar de Capucines como “causa” de la revolución de 1848.

No juzgo, *de momento*, esta posición que, obviamente, no es la mía. Me limito a señalar como una de las concepciones de la historia y del oficio del historiador que ha gozado durante mucho tiempo de aceptación y que a veces todavía goza de ella.

El interés de los axiomas de Aron es otro. Basta con *volverlos exactamente del revés* para definir de la mejor manera posible otra concepción de la historia, progresivamente separada de las concepciones primitivas y de las limitaciones, anunciada por numerosos precursores pero netamente definida por primera vez por Marx y Engels, y convertida hoy –no sin resistencias, imperfecciones y contradicciones– en un campo científico que se empieza a cultivar. Al invertir las fórmulas de Raymond Aron no lo hago sólo por juego, sino porque me parece instructivo buscar así la expresión más clara de una actividad del historiador en vías de afirmarse como actividad científica.

Allí donde Raymond Aron afirma:

“Para hacer revivir el pasado, lo que necesitamos no es una ciencia, sino documentos y nuestra experiencia”.



“La función de la historia es restituir al pasado humano los caracteres de la realidad política vivida actualmente; para esta tarea positiva bastan juicios probables y relativos”.

Yo propongo que se diga:

El objetivo de la historia no es “hacer *revivir* el pasado” sino *comprenderlo*. Para esto hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas experiencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador no basta con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico.

En lugar de decir, como lo hace Raymond Aron: “El sentido de la investigación causal del historiador consiste menos en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico que en devolver al pasado la incertidumbre del futuro”.

“La ciencia histórica, resurrección de la política, se vuelve contemporánea de sus héroes”; me gustaría decir:

El sentido *esencial* de la investigación causal del historiador consiste en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico, gracias a los cuales la incertidumbre *aparente* de los acontecimientos particulares se desvanece ante la *información global* de la que carecían sus contemporáneos, y que nosotros podemos tener...

Finalmente, en lugar de la sorprendente fórmula: “El historiador es un experto, no un físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en la cerilla del fumador”; yo afirmaría contundentemente:

El historiador es un físico, no un experto. Busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador.





El análisis causal de la explosión de 1914 se centra en el imperialismo, no en el atentado de Sarajevo.

Henos aquí ante dos concepciones diametralmente opuestas tanto de la historia-materia como de la historia-conocimiento. Para unos, la historia-materia es esencialmente el mundo de las decisiones políticas; para otros, es el conjunto de los mecanismos de la sociedad. Para unos, la historia-conocimiento es la explicación del hecho por el hecho; para otros, es la explicación del mayor número posible de hechos a través del estudio del juego recíproco de las relaciones entre los hechos de todo tipo.

Es obvio que la existencia misma de concepciones tan opuestas, el doble sentido de la palabra “historia” –historia-materia e historia-conocimiento– la forma equívoca y vaga con que se emplean frecuentemente uno y otro de estos sentidos, son motivos de peso para suscitar una cierta desconfianza.

He recordado que Louis Althusser, epistemólogo marxista, y que, por tanto, admite el materialismo histórico como ciencia *posible*, nos previene, sin embargo, contra la imprecisión del concepto de historia.

Él mismo –aunque quizá lo haga para subrayar esta imprecisión– utiliza en una misma frase la voz “historia” en varios sentidos (tres como mínimo).

Al preguntarse si debe considerarse la obra de Marx como un todo, o bien considerar sus obras de juventud como etapas no características de su pensamiento, Althusser defiende esta segunda actitud escribiendo:

“Como si nos arriesgáramos a perder a Marx entero, abandonando, como él, su juventud a la historia, como si nos arriesgáramos a perder a Marx entero sometiendo su propia juventud a la crítica radical de la historia, no de la historia



inmediata sino de la historia pensada, sobre la que él mismo nos dio en su madurez no la verdad en el sentido hegeliano sino los principios de una inteligencia científica”.

Al principio de esta larga frase, en la que la palabra “historia” aparece cuatro veces, la expresión “abandonar algo a la historia” parece significar: considerar este algo como superado, como desprovisto de interés para el futuro; y por fuerza reconocemos aquí el eco de las fórmulas corrientes “dejemos esto para la historia”, “esto tiene únicamente un interés histórico”, fórmulas que relegan espontáneamente las preocupaciones del historiador al almacén de las curiosidades y que hacen de la historia el dominio de las cosas muertas, aunque sean cosas “gloriosas” (“frases históricas”, “monumentos históricos”, actitudes pasadas a la historia).

Sin embargo, en la frase de Althusser, estas acepciones banales de la voz “historia” vienen inmediatamente seguidas, y contradichas, por un empleo más raro –y más marxista– de la noción, en el que se trata de someter un hecho –en este caso la juventud de Marx– “a la crítica radical de la historia”. Ahora bien, como se añade: “no de la historia que iba a vivir, sino de la historia que vivía”, es evidente que se trata aquí del *conjunto de hechos que condicionan una vida humana*, y, por consiguiente, de la historia-materia, de la historia-objeto, considerada como algo que ejerce por sí mismo una “crítica” sobre esa vida.

Pero Althusser ha señalado en otra parte el peligro –ciertamente serio en muchos escritores marxistas– que supondría considerar la historia en sí misma, la Historia con H mayúscula, como una especie de personaje mítico emitiendo sus propios juicios, con lo que supondría prescindir de todo tipo de análisis. En un tercer momento Althusser invoca también la necesidad de una historia-conocimiento, no “inmediata” sino



“pensada”, la misma sobre la que Marx habría dado no la verdad absoluta sino “los principios de la inteligencia científica”. En esto coincide con el pensamiento del economista Joseph Schumpeter, que atribuía a Marx, como principal mérito, el de haber sentado los principios de una “historia razonada”.

Si ahora clasificamos los sentidos que hemos visto atribuir a la voz “historia”, sucesiva y simultáneamente, podemos, en líneas generales, distinguir tres grandes concepciones de la historia-objeto, a las que corresponden naturalmente tres grandes concepciones de la historia-conocimiento:

1) Para muchos, la materia de la historia es cualquier cosa pasada, y “saber historia”, para algunos eruditos y para los juegos televisivos, consiste en memorizar el mayor número posible de estos hechos dispares. Lucien Febvre evocó la irritación del historiador que se oye decir “por unas voces cándidas y cordiales: usted que es historiador debe de saber esto... ¿Cuál es la fecha de la muerte del papa Anacleto? ¿Y la del sultán Mahmud?”

2) Para otros, la materia histórica queda un poco mejor definida. Es el terreno de los hechos “destacados”, conservados por la “tradicición”, el “recuerdo colectivo”, los relatos oficiales, debidamente controlados por los documentos y aureolados por el prestigio y el testimonio de los monumentos y de los textos, de “las artes y las letras”, como se decía antaño. Conocimiento ya más elaborado, ni omisible ni despreciable, pero fundado en una elección de los hechos que no tiene nada de científica, y asaltado inconscientemente por los prejuicios morales, sociales, políticos o religiosos, capaz en el mejor de los casos de proponer un placer estético a unas minorías y, en el terreno de los acontecimientos, de “hacernos revivir una incertidumbre”.



3) Para otros, finalmente, la materia de la historia es también el conjunto de los hechos pasados, pero no sólo de los hechos “curiosos” o “destacados”, puesto que, si bien se mira, los grandes rasgos de la evolución humana ha dependido sobre todo del *resultado estadístico de los hechos anónimos*: de aquellos cuya repetición determina los movimientos de población, la capacidad de la producción, la aparición de las instituciones, las luchas secretas o violentas entre las clases sociales –*hechos de masas* todos ellos que tienen su *propia dinámica*, de entre los que no se deben eliminar, pero sí resituar, los hechos más clásicamente llamados “históricos”: incidentes políticos, guerras, diplomacia, rebeliones, revoluciones. Este enorme conjunto es *susceptible de análisis científico como cualquier otro proceso natural*, a la vez que presenta unos rasgos específicos debido a la intervención humana. La historia-conocimiento *se convierte en esencia* en la medida en que descubre *procedimientos de análisis originales* adecuados a esta materia particular. ¿Es ya una ciencia? ¿Los ha descubierto ya?

### Las etapas de la historia como modo de conocimiento

Las incoherencias que hemos constatado en la utilización del término “historia” ¿son desalentadoras a este respecto?

Merece la pena recordar que todas las ciencias se han elaborado a partir de interrogantes dispares, a los que se fueron dando sucesivamente respuestas *cada vez más científicas*, con puntos de partida, saltos hacia delante y retrocesos, pero nunca, como se dice hoy en día, con demasiada frecuencia bajo la influencia difusa de Bachelard y Foucault, con “cortes” absolutos entre las respuestas no científicas y las respuestas científicas.



Con mayor acierto, el filósofo Paul Ricoeur ha observado que no existe diferencia sustancial entre, por una parte, las “rectificaciones” sucesivas que han transformado las cosmologías primitivas en la física actual y, por otra, las rectificaciones que han convertido las tradiciones primitivas en la ciencia histórica tal y como la conocemos actualmente.

Es cierto que las ciencias humanas, precisamente porque tratan del hombre, de sus intereses, de sus instituciones, de sus grupos, y porque dependen de la conciencia –tan a menudo falsa– que los hombres tienen de ellos mismos, llevan un retraso respecto a las ciencias de la naturaleza. Es una banalidad recordarlo. Pero limitémonos a evocar la física del siglo XVIII con sus falsos conceptos y sus curiosidades pueriles, y el retraso de la historia nos parecerá menos cruel.

Intentemos, pues, ver de qué forma el modo de conocimiento histórico ha progresado, progresa y puede progresar hacia la categoría de ciencia. Hoy nadie niega el interés de la historia de las ciencias. “La historia de la historia” –entendida de forma más amplia que algunas “historias de la historiografía”, interesantes pero limitadas– sería quizás el ejercicio histórico más fructífero que pudiera uno proponerse. Me limitaré a hacer algunas observaciones y a trazar un breve esquema.

### 1. Primera observación

La necesidad de un conocimiento histórico-sociológico es tan antigua y tan universal como la necesidad de un conocimiento de la naturaleza. Una humanidad –global o parcial– que no tuviera ninguna conciencia de su pasado sería tan anormal como un individuo amnésico. Existe, pues, un campo de conocimiento –por otra parte con una función práctica– al que debe arrancarse de su estado primitivo. La



existencia de formas de historia no científicas no autoriza a pensar que sea imposible o inútil llegar a un conocimiento y a una interpretación justa de las sociedades pasadas. Al contrario, en la medida en que el pasado humano es mal conocido, mal interpretado, los hombres, y los grupos de hombres, tienen una visión incorrecta de su *presente* y de su *futuro*. Y, como es natural, esto tiene también un alcance práctico.

## 2. Segunda observación

De hecho, tanto en el caso de los grupos como en el de las personas, la memoria no registra, sino que *construye*. Las formas primitivas de la historia son el *mito*, que tiene su lógica interna, y la *crónica*, que relata los acontecimientos desde el punto de vista de intereses específicos.

A) Los *mitos* constituyen actualmente uno de los estudios favoritos de los etnólogos y psicólogos, como búsqueda de una lógica de las formas, reveladora de rasgos comunes en las estructuras de comunicación. Esta investigación no debería desestimar el *contenido histórico* de algunos mitos, cuando no el de todos. Es sabido que la arqueología ha verificado algunos datos bíblicos u homéricos considerados durante mucho tiempo como imaginarios. Nos encontramos ante un campo común a los etnólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores, siempre y cuando estas disciplinas colaboren, sin imponer ni excluir.

B) Las *crónicas* consignan los acontecimientos relevantes (generalmente políticos y militares) de una época (generalmente de un “reinado”). Son a menudo los primeros testimonios *escritos* del pasado y, por tanto, los primeros documentos de la *historia* propiamente dicha, dado que los tiempos anteriores a la escritura se clasifican por definición dentro de la “prehistoria”.





A pesar de todo, una historia anónima, basada en fragmentos de cerámica y en niveles arqueológicos, no nos satisface en absoluto.

Lo que hace posible la historia es la *coexistencia* y la combinación del testimonio *subjetivo* que nos cuenta lo que pretendían hacer los actores de la historia política, en el *documento objetivo* (no sólo restos y objetos, sino cifras conservadas, escritos redactados por razones prácticas y no para ilustrar a una minoría dirigente). Puesto que a través de esta combinación podemos aspirar a confrontar los *acontecimientos* y las *intenciones* –la historia “externa”, aparente– a los hechos de *masas* –historia “interna” de las sociedades, mundo de las necesidades subyacentes–.

Sin embargo, este *doble registro de las fuentes de la historia* se descuida a menudo. *Crónicas y memorias* –relatos de acontecimientos y testimonios subjetivos– han constituido durante largo tiempo el fondo del saber histórico. Y es cierto que para los siglos oscuros de las crónicas son a menudo el único medio disponible para trazar el marco indispensable a toda historia: una sólida *cronología*.

### 3. Tercera observación: sobre la historia como género literario

La evocación literaria ha respondido también, al margen de toda regla científica, a la necesidad instintiva de conocimiento del pasado que ya hemos señalado. Esto mismo ha favorecido los embellecimientos, las invenciones, la retórica, el moralismo y las apologías religiosas, políticas y nacionales. La literatura histórica corriente ha constituido, a lo largo de los siglos, un galimatías peligroso. Todavía hoy lo es en el caso de más de un *best-seller*. Las crónicas y las memorias, son siempre preferibles, como lectura, a las reconstrucciones mediocres.



¿Puede decirse que la historia –como género literario– no ha aportado nada interesante al modo de conocimiento histórico? No. Porque ha habido historiadores geniales. Se ha observado a menudo que, incluso en medicina, las descripciones sin base científica, pero llevadas a término genialmente, habían sido útiles durante largo tiempo para la práctica médica. De la misma manera, en historia hay grandes obras evocadoras que todavía dominan con provecho nuestra visión del pasado. H. I. Marrou escribe con acierto: “Hoy día, para conocer a Tiberio, a Claudio y a Nerón tenemos muchos caminos aparte de las Historias y de los Annales, y, sin embargo, releemos a Tácito, en tanto que historiadores se entiende”.

“En tanto que historiadores” significa: con provecho, incluso para nuestras exigencias modernas.

También los mejores historiadores antiguos, sin responder exactamente a estas exigencias, han intentado, no obstante, esbozar a su manera sistemas de explicación: Tucídides se esfuerza en enlazar entre ellos los acontecimientos, en confrontar las decisiones con las posibilidades; Polibio intenta análisis casi sociológicos de las instituciones. En estos primeros ensayos resulta, pues, interesante ver nacer el espíritu del análisis histórico.

Pero son demasiados los filósofos (Raymond Aron, François Châtelet) que tienden a fundar en estos inicios lejanos su noción de la historia en general, como si nada hubiese pasado después de Tucídides. También hay lingüistas –Barthes, Greimas– que intentan definir las estructuras particulares del “discurso histórico” a partir de los historiadores clásicos, es decir, literarios. Este método puede efectivamente esclarecer la forma espontánea con que el espíritu humano aborda los problemas del conocimiento del pasado, y ayudar con ello a definir mejor



la historia. Pero es evidente que no resuelve los problemas científicos complejos que se plantea el historiador actual.

#### **4. Cuarto grupo de observaciones: la aparición de exigencias científicas en la definición y en la práctica de la historia: el siglo XVI**

No conviene dar una importancia excesiva a los “precursores”: siempre se descubren nuevos. Y es cierto que, a dos o tres siglos de distancia, la modificación de las estructuras mentales y del sentido de las palabras hace difícil las confrontaciones. Una vez hechas estas reservas, resulta instructivo seguir la aparición, a menudo más precoz de lo que se imagina, del deseo de rigor y de profundización en la definición y el tratamiento de la materia histórica. Cuando Abenjaldún, sabio musulmán, nacido en Túnez, escribe en 1375, en los prolegómenos de una *Historia Universal*:

“La historia, sepámoslo, tiene como verdadero objetivo el hacernos comprender el estado social del hombre y el de instruirnos acerca de todos los cambios que la naturaleza de las cosas puede aportar a la naturaleza de la sociedad”, poco nos falta para suscribir esta definición, lo que no equivale a decir que la Historia de Abenjaldún responda, en la práctica, a nuestras exigencias. Pero no olvidemos que en Francia, en aquel mismo momento, Froissart se proponía como objetivo en el prólogo de su Crónica relatar hechos militares importantes y “grandes maravillas”. Singular distancia entre dos contemporáneos, cuyas obras, sin embargo, se califican por igual como “históricas”.

Para el Occidente europeo la preocupación científica en cuestión de historia nace, como muchas otras manifestaciones del espíritu moderno, con el Humanismo, la Reforma y el Renacimiento, es decir, entre el último cuarto del siglo XV y el





último cuarto del siglo XVI. Esta preocupación se expresa bajo dos formas complementarias que inicialmente convergen sólo de forma ocasional, que divergen con demasiada frecuencia, y cuya conjunción condiciona, sin embargo, el desarrollo científico de la historia:

1) La preocupación *crítica*, que consiste en no aceptar la existencia de un hecho, la autenticidad de un texto, hasta después de verificaciones minuciosas.

2) La preocupación *constructiva*, que consiste en elegir determinado tipo de hechos, en confrontarlos y en buscar las correlaciones, con el fin de resolver un *problema* planteado por el pasado humano (problema económico, problema social, problema institucional, problema espiritual, o toda combinación compleja de estos problemas).

La preocupación *crítica* se manifiesta, a finales del siglo XV y durante el XVI, tanto en el descubrimiento de textos y de monumentos de la antigüedad como el deseo de una reforma en el campo religioso; la importancia, en este terreno, de los textos *sagrados* arrastra a los espíritus reformadores a la *crítica de textos*; crítica que no basta para fundar una ciencia histórica, pero que es una *condición necesaria*; es imposible razonar de forma válida a partir de documentos materialmente falsos o mal conocidos en su forma original.

La *preocupación constructiva* se manifiesta cuando los sabios, los filósofos y los juristas aplican las investigaciones eruditas a la solución de un problema, incluso cuando este problema es todavía secundario y parcial. Así, cuando el humanista Guillaume Budé se propone estudiar, en *De Asse*, la moneda romana, no se limita a describir; intenta hacer comparaciones a largo plazo entre el poder adquisitivo de las monedas antiguas y modernas; y para esto consulta con



su panadero para saber qué cantidad de grano se requiere para tal cantidad de pan, qué cantidad de trigo produce la tierra alrededor de París, qué cantidad de metal contenían las monedas antiguas, etc. Hasta el punto de que se ha podido escribir: “Si la ciencia puede definirse como el conocimiento metódico de las cosas, fue el instinto de un verdadero sabio el que dio a Guillaume Budé la ambición de escribir *De Asse*”.

Lo mismo puede decirse, y por las mismas razones, de la *Réponse à M. de Malestroict* “sobre el asunto de las monedas”, de Jean Bodin, que, en 1568, resuelve, con una serie de observaciones eruditas y críticas sobre las monedas y los precios, y con una serie de razonamientos generales, el problema concreto: el alza brutal del coste de la vida en el siglo XVI ¿se debe a las devaluaciones sucesivas de la libra, moneda nominal francesa, o bien a la desvalorización progresiva del metal de plata debida a los grandes descubrimientos?

Se me objetará que en ambos casos se trata más de economía que de historia clásica, pero es que la economía, al exigir datos en *cifras*, es el primer campo en que el razonamiento y la hipótesis son susceptibles de verificaciones concretas. Añadamos a esto que la cuestión de las consecuencias de los descubrimientos era, en el siglo XVI, un problema *práctico*, que afectaba a la vida cotidiana; y que todavía hoy preside todo un sector de la historia general: primer paso en la explotación del mundo por los europeos, creación de un primer mercado mundial, principios de la acumulación del capital comercial, etc. El hecho de que se hayan intentado ensayos de “conocimiento metódico” de estas cuestiones, desde una perspectiva histórica, en el mismo momento en que se producían, hace remontar a bastante atrás la aparición de un espíritu científico en historia.



Tampoco en este caso, como en el de Abenaldún, significa que Guillaume Budé o Jean Bodin tuvieran a su disposición todo el “instrumental mental” –expresión predilecta de Lucien Febvre– necesario para una verdadera ciencia. Aún hoy no lo tenemos... Sepamos que la conciencia de un hombre del siglo XVI seguía dominada por toda una herencia intelectual y espiritual que no puede por menos que sorprendernos, y en la que entramos con dificultad. Bodin, autor de los *Seis libros de la República* y de un *Método de la historia*, yuxtapone en sus escritos unas preocupaciones casi modernas y una curiosidad apasionada por la demonología y la astrología, por no hablar de las tradicionales consideraciones morales y religiosas y del galimatías erudito. Seamos pues, prudentes en nuestra búsqueda de los orígenes. Pero no seríamos historiadores si nos olvidáramos de anotar, evitando a la vez cuidadosamente todo anacronismo, cada paso adelante del conocimiento.

### 5. El siglo XVIII. Francia y la erudición. Inglaterra y la “aritmética política”

No nos sorprendamos si la constitución de la historia en ciencia pasa por retrasos, avances parciales, desarrollos desiguales.

No nos sorprendamos tampoco el constatar que las *controversias ideológicas* y los *intereses prácticos* no han sido, en determinadas circunstancias, extraños a esta constitución.

De este modo, las acusaciones de los protestantes contra la credulidad de los católicos ante las leyendas incitaron a algunos medios católicos a una hipercrítica de las tradiciones: los jesuitas de Amberes, con Joseph Bolland al editar las *Acta sanctorum*, llegaron a negar toda validez a cualquier tipo de documento de la época merovingia o carolingia.





Pero esta desconfianza ponía en discusión los derechos de las comunidades religiosas más antiguas, derechos que se basaban en documentos de estos períodos. Esta fue la ocasión para que dom Mabillon (1632-1707) creara en la *De re diplomática* (1681) la *diplomática*, ciencia del documento, capaz de demostrar, a partir de indicios materiales, la autenticidad o falsedad de un acta. La tarea, continuada por la congregación de Saint-Maur, ha aportado *las condiciones para un conocimiento seguro de la Edad Media*.

De momento se trata tan sólo de una *crítica erudita*, condición *necesaria pero no suficiente* para una ciencia histórica.

En la Francia del siglo XVII, contemporáneamente a dom Mabillon, comprobamos en las concepciones de la historia más corrientes, más oficiales, un retroceso muy claro sobre los progresos del siglo XVI: Luis XIV se hace acompañar por “historiógrafos” oficiales (entre los cuales Racine); y Bossuet, en su *Discurso sobre la historia universal*, persigue tan sólo develar “los juicios secretos de Dios”, “para hacer temblar a toda criatura”.

En compensación, hay que tomar conciencia, respecto a este mismo período (1680-1710), de una etapa *importante para el futuro del pensamiento histórico*. Se produce en Inglaterra: con Graunt nacen los primeros ensayos de *demografía histórica*, mediante la observación de número de nacimientos y de muertes registrados en las parroquias de Londres; con Gregory King, los primeros ensayos para evaluar lo que hoy llamamos el *producto nacional* de diversos países (Inglaterra, Francia); con William Petty, los primeros ensayos de lo que él denominó “la aritmética política” (inducciones y deducciones a partir de las estadísticas de Estado).



Constatamos que, igual que en el siglo XVI, las innovaciones más originales se producen en el terreno económico. Pero se trata de hechos observados durante un período de tiempo y con una *preocupación política* (como demuestra el título elegido por William Petty). Sabemos hoy que este tipo de investigaciones –los hechos masivos, sometidos a un cálculo de probabilidades y estadísticamente observables– constituyen, si no toda la materia histórica, cuando menos sus bases, sus fundamentos.

## 6. La aportación del siglo XVIII. Principios de análisis, aspiración a las síntesis

La primera mitad del siglo XVIII ve nacer la *aspiración teórica* con el italiano Gianbattista Vico que busca una “ciencia nueva” a través de la reflexión sobre el aspecto “cíclico” del desarrollo de los grupos humanos, y con Montesquieu, más sociólogo que historiador, pero quien afirma: “*En primer lugar he examinado a los hombres y he creído que en esta infinita diversidad de leyes y costumbres no los guiaba únicamente su fantasía*”. (Prefacio a *El Espiritu de las leyes*).

Pero es Voltaire, en sus *Nuevas consideraciones sobre la historia* (1744), el primero en comparar la evolución posible de la historia con la de las ciencias físicas: “quizá suceda pronto en la forma de escribir la historia lo que ha sucedido en la física. Los nuevos descubrimientos han proscrito los sistemas antiguos...”

Era éste (por otra parte para las dos ciencias) un optimismo prematuro, pero justo a largo plazo.

De hecho, lo más interesante en la actitud manifestada por Voltaire hacia la historia es el *cambio en el tipo de curiosidades* del historiador. Con su habitual ironía denuncia no sólo las



fábulas aceptadas todavía por los hombres de su tiempo, sino también el gusto por las *anécdotas* históricas, por las “bagatelas ilustres” que constituyen los relatos de la corte, tan poco interesantes como las murmuraciones de las pequeñas ciudades, a las que son aficionadas las mujeres de provincias. Finalmente, condena también después de haber leído, según dice, cuatro mil descripciones de batallas y algunos centenares de tratados, la historia diplomática y militar pura: “*En el fondo me quedaba igual que antes... sólo me enteraba de acontecimientos*”.

Traza entonces un cuadro de lo que quería saber (y que raramente se le dice): ¿Cuáles son las fuerzas de un país antes de una guerra? Y dicha guerra ¿las ha aumentado o disminuido? España ¿ha sido más rica o más pobre después de sus lejanas conquistas? ¿Por qué Ámsterdam pasó en 200 años de 20 000 a 24 0000 habitantes?

En resumen: se trata de cambiar la *materia habitual* y la *problemática* de la historia.

Esta tendencia culmina a finales de siglo con Condorcet, en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), donde sienta el principio de la *posibilidad de un conocimiento científico* de los hechos humanos, sociales, y de su *previsibilidad*, siempre que no se atribuya a las conjeturas sociológicas “una certidumbre superior a la que resulta del número, de la constancia, de la certidumbre de las observaciones”.

Constatamos en ello unas exigencias –aquí todavía prematuras– de *síntesis* acerca de la historia humana.

Pero el mismo Condorcet ha abierto vías muy nuevas para el *análisis*: fue el primero en intentar descubrir cuál sería el procedimiento matemático que permitiría estimar la representatividad de un hombre o de una opinión a través de un





procedimiento de elección, lo que coincide con los esfuerzos actuales de la matemática sociológica.

Finalmente, el siglo XVIII ha proseguido algunas investigaciones, cuyo principio se había descubierto, como hemos visto, a finales del siglo XVII en Inglaterra: Voltaire se felicita de que un holandés haya establecido la proporción que permite relacionar el número de nacimientos con el número de habitantes; es una alusión a los progresos sensibles de la demografía realizados por el prusiano Süssmilch y los franceses Moheau y Messange.

También la *historia económica* nace en el siglo XVIII, en España y en Polonia: “hemos coordinado una historia económica”, escribe el catalán Capmany. Y los creadores de la economía clásica, como Adam Smith, se muestran historiadores de buen grado, y plantean los problemas de las grandes unidades cuantitativas que es necesario conocer para hacer la historia de las “naciones” (producto nacional, población activa, etc.). Voltaire señala que son estos conocimientos económicos los que le han faltado a Montesquieu para establecer una verdadera ciencia de las sociedades.

Cabe señalar que esta vigorosa ofensiva del espíritu histórico coincide con el carácter dinámico y revolucionario del siglo XVIII, cuando la burguesía no duda ni en criticar la forma de escribir la historia del Antiguo Régimen, ni en esperar escribir un día la historia científicamente.

## **7. El siglo XIX. Auge y desviación de la investigación histórica: aparición de una teoría general, y posterior divorcio entre disciplinas sociológicas**

En un sentido, el siglo XIX se presenta como el del triunfo de la historia. H.I. Marrou habla, a este respecto, de una “inflación



de los valores históricos”, debida al impresionante desarrollo de las *técnicas* históricas, arqueológicas, filológicas (prehistoria, egiptología, desciframiento de las lenguas orientales antiguas, excavaciones micénicas, etc.), a la publicación de las *grandes* recopilaciones de fuentes (Niebuhr, Mommsen, para la Antigüedad, *Monumenta Germaniae historica* para la Edad Media...), y finalmente a la aparición de las grandes historias nacionales: Ranke, Macaulay, Michelet...

“El historiador era entonces el rey –escribe H. I. Marrou–; toda la cultura estaba pendiente de sus dictámenes; a él le tocaba decir cómo debía leerse la *Ilíada*, qué era una nación, ... si Jesús era Dios...”

Hegel había propuesto “presentar el contenido mismo de la Historia Universal” a través de los progresos de la Idea. Los historiadores alemanes ponían de relieve las originalidades germánicas; los historiadores franceses, la lucha entre la nobleza y el tercer Estado (Guizot, Thierry) o bien el papel del “pueblo” (Michelet, Mignet). De hecho, la historia, a pesar de reclamarse de las excavaciones y de los archivos, seguía siendo a la vez *literatura e ideología*.

Entre 1847 y 1867, las grandes obras de Marx y Engels proponen, por el contrario, en la línea de algunos planteamientos del siglo XVIII, una *teoría general de las sociedades en movimiento*, cuya originalidad consiste en aunar, mediante la observación y el razonamiento, 1) *el análisis económico*, 2) *el análisis sociológico*, 3) *el análisis* de las “formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas, en resumen de las formas ideológicas a través de las cuales los hombres toman conciencia de sus conflictos y los llevan hasta el final...”.

Las constataciones, al menos en el terreno de las “condiciones de la producción económica”, deben hacerse



“con el espíritu de rigor de las ciencias naturales”, y es posible hacerlas así debido a que “la historia se desarrolla hasta nuestros días como un proceso de la naturaleza” (Engels, 1890).

No es que el hombre no intervenga: “los hombres hacen su propia historia”. Pero el resultado, estadístico o combinatorio, de sus acciones y decisiones conjugadas se les escapa y se convierte en un *fenómeno objetivo*. Queda por saber si desde hace un siglo se ha intentado realmente la consolidación científica de la historia así legitimada. Aquí cabe distinguir:

*Los seguidores originales de Marx* deben buscarse entre sus *discipulos hombre de acción*. Porque Marx había precisado que el objetivo de su obra teórica no era interpretar el mundo, sino cambiarlo, es decir, hacer servir el análisis para entender profundamente el hecho social e influir sobre sus modificaciones. Esto fue lo que intentaron los revolucionarios y constructores del socialismo que se decían marxistas.

La *investigación erudita sobre el conjunto del pasado*, desde los años 1870-1880 hasta los años 1920-1930, se benefició poco, por el contrario, de la aportación teórica de Marx, sometida como estaba a la reacción espontánea de la ideología dominante. El pensamiento económico giró en torno a la teoría abstracta, subjetivista, individualista de la “utilidad marginal” y del “equilibrio” (Walras, Pareto); la sociología, en torno al estudio de las *formas* sociales (Max Weber, Durkheim); y la historia centró su pundonor en limitarse a establecer “pequeños hechos verdaderos” (monografías económicas alemanas, historia política “fáctica” francesa). Hacia 1900, esta historia positivista triunfaba en todas partes y la separación tajante y casi absoluta entre economía, sociología e historia ponía en peligro la esperanza de una síntesis global sobre el pasado de las sociedades.





## 8. Adquisiciones recientes en el terreno de los principios y las técnicas de la investigación histórica

a) En Francia, a partir de los años 1900-1910, algunas grandes obras de historiadores (Paul Mantoux, Lucien Febvre) y una escuela de geógrafos (Vidal de la Blache) prepararon un retorno a la *síntesis histórica*, que se afianzó después de la guerra 1914, la Revolución de 1917 y la crisis de 1929, acontecimientos que hicieron tambalear la tranquila certeza de los economistas.

b) Lucien Febvre, Henri Berr, Marc Bloch (*Revue de synthèse, Annales d'histoire économique et sociale*) difundieron los siguientes principios: 1) hay *una sola* historia; no existen compartimientos estancos entre una historia económica, una historia política, una historia de las ideas, etc.; 2) el historiador avanza por medio de *problemas*: los documentos sólo contestan cuando se les pregunta siguiendo hipótesis de trabajo; la historia, en todos los terrenos (material, espiritual, ideológico...), lo es de los *hechos de masas*, no de los simples “acontecimientos”; 3) existe una jerarquía y un juego recíproco entre “economías”, “sociedades”, “civilizaciones”, juego que constituye el tema mismo de la ciencia histórica.

c) En el curso de los años 1930-1940, cuando la crisis de 1929 había llamado la atención sobre la función histórica de las *coyunturas económicas*, el sociólogo François Simiand sentó los principios de la *investigación estadística en historia*: definición del “documento objetivo” “involuntario”, reglas para la explotación de las fuentes cuantitativas, importancia de las variaciones de los *precios*, los *salarios*, la *moneda*. Ernest Labrousse llevó la explicación de estas reglas al estudio de las *rentas específicas* de las clases sociales, de sus contradicciones



(Revolución de 1789). La noción de “teoría experimental” de la economía (Simiand) a través de la investigación histórica se transformaba en “teoría experimental” de la historia global, lo que tendía a converger con Marx.

d) En los últimos veinte años, debido a las grandes experiencias sociales en curso, al progreso de las matemáticas sociales, del cálculo económico, del aparato y del tratamiento estadísticos, al de la informática para la utilización de las fuentes masivas, el historiador se ha visto obligado a mantenerse al corriente de los progresos y de las técnicas en las disciplinas vecinas. Al hacerlo debe conservar la conciencia de la originalidad de la historia, ciencia del *todo* social, y no de tal o cual parte, ciencia del *fondo* de los problemas sociales y no de sus formas, ciencia del *tiempo* y no del instante o de la sola actualidad.

### **Intento de definición de la materia y de la investigación históricas**

El objetivo de la ciencia histórica es la *dinámica de las sociedades humanas*. La *materia histórica* la constituyen los *tipos de hechos* que es necesario estudiar para dominar científicamente este objeto. Clasifiquémoslos rápidamente.

1) Los *hechos de masas*: masa de los *hombres* (demografía), masa de los *bienes* (economía), masa de los *pensamientos* y de las *creencias* (fenómenos de “mentalidades”, lentos y pesados; fenómenos de “opinión”, más fugaces).

2) Los *hechos institucionales*, más superficiales pero más rígidos, que tienden a *fijar* las relaciones humanas dentro de los marcos existentes: derecho civil, constituciones políticas, tratados internacionales, etc.; hechos importantes pero no



eternos, sometidos al desgaste y al ataque de las contradicciones sociales internas.

3) Los *acontecimientos*: aparición y desaparición de personajes, de grupos (económicos, políticos), que toman medidas, decisiones, desencadenan acciones, movimientos de opinión, que ocasionan “hechos” precisos: modificaciones de los gobiernos, la diplomacia, cambios pacíficos o violentos, profundos o superficiales.

La historia no puede ser un simple *retablo* de las instituciones, ni un simple *relato* de los acontecimientos, pero no puede desinteresarse de estos hechos que vinculan la vida cotidiana de los hombres a la dinámica de las sociedades de las que forman parte.

Ante esta compleja materia histórica, el historiador plantea cuestiones, resuelve *problemas*: cuándo, por qué, cómo, en qué medida... se modifican, *debido a una continua interacción*, los elementos de las *economías* (hombres, bienes), de las *sociedades* (relaciones sociales más o menos cristalizadas en instituciones), y de las *civilizaciones* (conjunto de las actitudes mentales, intelectuales, estéticas...). El historiador habrá de distinguir muy pronto entre los hechos de evolución muy lenta (estructuras geográficas, mentalidades religiosas, grupos lingüísticos), los ritmos espontáneos (“ciclos” coyunturales de la economía), y los simples acontecimientos, cuya importancia deberá valorar.

Estas distinciones justifican diversas *técnicas*: análisis “estructural”, análisis “coyuntural”, análisis de “contenido” de textos y de expresiones verbales o estéticas; elección de las fuentes, crítica de su validez.





Pero estas técnicas sólo adquieren su sentido dentro del marco de una *teoría global* que permita pasar del análisis económico-estadístico a la “historia razonada”, conquista que Schumpeter atribuye justamente a Marx. Recordemos algunas de sus proposiciones cruciales:

1) En los orígenes de cualquier desarrollo histórico duradero se sitúa un *desarrollo de las fuerzas de producción*, lo que nos incita a observar:

A) En un grupo dado y por un tiempo dado, el *número de hombres* y su división en sexos, edades, ocupaciones, etcétera;

B) Para el mismo grupo y durante el mismo período, *las modificaciones ocurridas en las técnicas de producción* (agricultura, industria, transportes) y, de manera especial, *las de la fuerza productiva del trabajo*, que según Marx depende de la *habilidad media de los trabajadores*, *del desarrollo de la ciencia* y *de sus aplicaciones tecnológicas*, *de las combinaciones sociales de la producción* y *finalmente de las condiciones naturales*.

Toda investigación sobre una sociedad debería incluir, para cada instante del desarrollo estudiado, los capítulos agrupados bajo estos diversos títulos.

2) Sin embargo, estas “fuerzas productivas” entran en funcionamiento en una sociedad que se caracteriza, de forma más profunda, por *las relaciones sociales y humanas creadas alrededor de estos medios de producir* (“relaciones sociales de producción”).

Las tierras, los instrumentos de irrigación, los bosques y los terrenos de paso, las fuentes de energía, los medios de



transporte, las fábricas, las máquinas, etc., son los “*medios de producción*” que utiliza la fuerza de trabajo de los hombres.

¿Quién posee estos medios de producción? ¿Y cuál es el sentido exacto de la palabra “posee”? ¿Quién *maneja* productivamente estos medios? ¿Quién, a través de esta doble relación, es el dominador? ¿Y el dominado? ¿Quién se aprovecha? ¿Quién consume? ¿Quién acumula? ¿Quién se empobrece? ¿Qué relaciones—jurídicas, cotidianas, morales—se han establecido entre las clases sociales así consideradas? ¿Qué *conciencia* tienen de estas relaciones los hombres que constituyen estas clases? ¿A qué *contradicciones*, a qué *luchas* dan lugar estas relaciones? ¿Con qué resultados? ¿Estas relaciones favorecen o entorpecen (en cada momento) el desarrollo de las “fuerzas productivas” definidas anteriormente? He aquí una serie de preguntas a las que es importante contestar.

3) Para hacerlo correctamente es necesario guiarse por el *conocimiento teórico del modo de producción dominante en la época observada*, y entendemos por ello *el conocimiento de la lógica del funcionamiento social, que expresa la totalidad de las relaciones sociales observadas en su interdependencia*.

Merece la pena disponer de un *modelo teórico* que exprese esta lógica de funcionamiento, aunque sólo sea para ver hasta qué punto refleja el mayor número de hechos observados.

Es inútil decir que nunca la observación empírica de una sociedad en un momento de su existencia dará unos resultados absolutamente acordes con este modelo, puesto que, en toda “formación social” concreta, quedan siempre secuelas de modos de producción anteriores al modo de producción dominante, y se insinúan ya los gérmenes de un modo de producción futuro.



Pero el interés de la investigación histórica reside precisamente en la confrontación entre estos “casos” y los diversos tipos de sociedad que ha dominado sucesivamente en el curso de la historia, y que aún hoy coexisten de forma evidente.

No podemos menospreciar algunos peligros inherentes a la utilización de los modelos teóricos:

1) No hay que confundir *modelo económico* con *modelo social*. La sociedad es más compleja que la economía, y es en lo social donde germina la destrucción del modelo económico aparentemente armonioso.

2) Todo modelo implica una hipótesis: debe tenerse en cuenta que estas hipótesis expresan justamente la naturaleza del sistema observado y no una verdad eterna: la *propiedad* privada, la libre competencia, la libertad de empresa, por ejemplo, se dan *por supuestas* en el modelo económico del capitalismo clásico; pero el modelo no las “justifica”.

3) Todo modelo expresa en primer término el análisis de un “equilibrio”, de una *estabilidad*, mientras que la *finalidad de la historia es el estudio de los cambios*.

4) Incluso estos *modelos de cambio* pueden aplicarse sólo con prudencia; por el hecho de que el capitalismo haya sucedido al feudalismo en Europa occidental a través de procesos clásicos conocidos no debe inferirse que todo el mundo deba pasar necesariamente por etapas parecidas.

Sobre todos estos extremos existe hoy en día un gran desarrollo de las *técnicas de información* y del *tratamiento científico de los datos*.

Merece, pues, la pena insistir, en el momento en que se afirman, en los estudios universitarios, las posibles





colaboraciones *interdisciplinarias*, en que la *preparación para el oficio de historiador*, sin desechar las viejas reglas de *conocimiento y crítica de los textos*, de consulta de las fuentes directas y, por tanto, de los *archivos*, comporta igualmente unas iniciaciones sólidas: 1) *en la demografía*; 2) *en la estadística*; 3) *en el cálculo económico*; 4) *en los fundamentos matemáticos del análisis sociológico* (probabilidades, sondeos, etc.); 5) *en la información* (para la utilización de las fuentes masivas: documentos fiscales, notariales, prensa, etcétera).

Una vez dicho esto no hay que confundir estas *técnicas de información* con los *finés propios de la historia*.

A éstos los definiría de buen grado de la forma siguiente, que como es obvio queda abierta a la discusión:

*La investigación histórica es el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras –es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales de masas– a la sucesión de los acontecimientos –en los que intervienen los individuos y el azar, pero con una eficacia que depende siempre, a más o menos largo plazo, de la adecuación entre estos impactos discontinuos y las tendencias de los hechos de masas–.*

La conquista científica del método así definido está todavía en vías de elaboración. Pero esta misma elaboración abre la posibilidad –y es su única garantía– de una actitud racional del espíritu y, por tanto, de una práctica eficaz del hombre ante la sociedad.

